

De esta realidad de conjunto, suministrada por incidentes de incontestable evidencia, debe resultar para el público, al decir de los neófitos, el interés más poderoso. Cada uno de los espectadores podrá elegir en cualquiera de los personajes expuestos el estado de alma correspondiente al suyo, que no dejará de encontrarse allí, y se complacerá toda la noche en esta representación absoluta de su yo interior.

Después de esto, desaparecerá el personaje en el vago horizonte de una escena sin límites morales, mientras el espectador se perderá por su parte en el bullicio de la vida general que continúa.

Y esta última identidad, en una humanidad sin principio ni fin, entre el que expresa sus sentimientos y el que lo escucha, llevará á su colmo la poesía del naturalismo, si pueden andar juntas estas dos palabras, dado el sentido que esta última afecta.

Porque resuelto el naturalismo á destruir nuestras convenciones escénicas, luego al punto ha querido imponer otras, á pesar de sus pretensiones de sencillez. No quiere absolutamente ver ni mostrar más que un lado de la naturaleza humana so pretexto acaso de que no vemos desde la tierra más que una fase de la luna. Pero según todas las apariencias, la otra fase del astro de la noche debe parecerse á la que vemos, y si Dios se la ha guardado para sí, nada tenemos que decirle: bien tiene derecho á una parte, habiendo hecho el todo. Por desgracia, no es lo mismo el hombre que la luna, y desde el momento en que podemos verlo bajo todos sus aspectos, tenemos que pintarlo múltiple y diverso, si queremos hacer de él una pintura sincera y fiel.

Lo que ha sido en todos tiempos la esencia y el mérito de nuestro arte, como de todas las artes por supuesto, la imaginación, la invención, el ingenio, la elección razonada de ciertos caracteres combinados con ciertos acontecimientos para ponerlos en relieve y de manifiesto, las contrariedades, las oposiciones que han de equilibrar el asunto y presentarlo bajo todas sus formas en su unidad indispensable, las consecuencias lógicamente deducidas de la combinación de estos acontecimientos y de estos caracteres, á fin de traer, para complacencia é instrucción del público, un castigo ó una recompensa de que su conciencia tiene necesidad, aun dentro de la ficción, nada de esto es ya necesario, como acabamos de explicar. No es la primera vez que el hombre, sin pretender siquiera ser un artista ó un escritor, predica no ya sólo la inutilidad de las facultades que le faltan, sino que erige también en principios y dogmas las negaciones de su impotencia.

Pero hay más. Esa fase del hombre y de la mujer que los naturalistas quieren mostrar al porvenir es la fase de las suciedades, de las torpezas, de las ignominias. ¿Por qué? Porque es lo más fácil de ver y de expresar. Desde luego causa cierta curiosidad imprevista y malsana, y el autor cree haber logrado el mérito de un descubrimiento allí donde ni la vista ni el olfato de las gentes que convida al espectáculo han penetrado nunca: el mérito es bien escaso, y la repugnancia inmediata.

Y, nótese bien, yo admito y no pongo en duda ni menos discuto la buena fe de nuestros jóvenes adversarios; no supongo en ellos el menor artificio, el menor deseo de llamar la atención por medios excéntricos. Separo de la discusión los procedimientos de las barracas de feria, la hipótesis del cordero de cinco patas y de la mujer coloso. Quiero quedar convencido de que sueñan é intentan en el teatro la evolución de que aquí hablamos. Están cansados de ver el drama y la comedia, aparte la tragedia muerta para ellos, girando siempre en el mismo círculo; están cansados del casamiento, desenlace de la comedia, y de la muerte, desenlace del drama. No quieren ya la ingenua secretamente enamorada de un ingeniero ó de un abogado y casándose con él, después de varias peri-

pecias; no quieren ya el marido engañado y desesperado por su mujer, batiéndose con el amante y matándolo, á no ser que lo ignore todo y que se burlen de él durante todos los actos, acabándose la acción sin que haya sabido nada. Todas estas fábulas, todos estos datos les parecen ya insuficientes y quieren sustituirlos con otros.

Sin embargo, hay y habrá siempre ingenuas enamoradas de jóvenes, ingenieros ó no ingenieros. Se casarán con ellos... comedia, ó no se casarán... drama. Habrá siempre mujeres que engañarán á sus maridos, y maridos que engañarán á sus mujeres: los unos y las otras sufrirán, perdonarán, castigarán, ignorarán... dramas y comedias.

Esto es viejo como el mundo: en hora buena; pero durará muy probablemente tanto como él, renovando cada generación que llega lo que es viejo para la que se va. Que se presente mañana un hombre de talento dispuesto á recoger estos datos ya usados y los presente bajo un aspecto nuevo, con una forma y una solución nueva, y reaparecerán como una novedad. Cuando Shakespeare hizo el *Hamlet*, rehizo la *Orestia*, cuando Beaumarchais hizo el *Barbero de Sevilla*, rehizo la *Escuela de las mujeres*: cuando Goethe hizo el *Fausto*, tomó del teatro de los Títeres un asunto que no parecía ya propio más que para los niños. Nada más trivial que los amores legendarios que informan estas obras maestras: amores adulterinos ó de Clitemnestra, ó de Gertrudis, finalmente castigados como debén serlo; Inés y Rosina inocentemente enamoradas, la una con menos ingenuidad que la otra, de jóvenes sin otra valía que la juventud, y casándose después de las dificultades de costumbre; Ofelia y Margarita, abandonadas una y otra por hombres á quienes aman, volviéndose locas las dos y muriendo á causa de este abandono.

El asunto no significa pues nada en literatura dramática, sino la manera de ver y de decir, la observación por una parte y la ejecución por otra.

Hasta añadiríamos, si la aparente paradoja no exigiera un desarrollo demasiado largo para una carta, ya hartó extensa, añadiríamos que aquello de que el autor debe desconfiar más en el teatro es la originalidad del asunto. Si no debe sacrificarse todo á los gustos y hábitos del público, tampoco se han de perder de vista completamente, puesto que á este público se somete la propia obra. Si lo encontramos inteligente y sutil cuando nos aplaude ¿por qué lo encontramos injusto y atroz cuando nos condena? Todos los que tenemos la pretensión de hablar á las multitudes y enseñarles algo, vivimos, puede decirse, en un orden de ideas superiores á las ideas corrientes, siempre medianas, siempre más ó menos rutinarias, de estas multitudes. Tratémoslas pues entonces como se trata á los inferiores, á los ignorantes, á los niños, á todos los débiles de espíritu, con mucha paciencia, con mucha dulzura y sin cosa de malicia. No las maltratemos; no procedamos por los grandes gritos y los grandes golpes: nos volverían la espalda ó se nos vendrían encima, y en este choque, no seríamos nosotros los más fuertes. No les impongamos, sin preparación, las monstruosidades fisiológicas y síquicas cuyos documentos ciertos tenemos. Queréis hacérselos conocer, porque os parece útil: en hora buena; pero hay que suministrarles en dosis homeopáticas este veneno saludable y reconstituyente. Hagamos que penetre poco á poco en la economía de esos anémicos sin provocar en ellos repugnancias ni convulsiones.

¡Bien adelantados estaremos después de matar á nuestro público! ¡Buena cara haremos, cuando nos abandone para correr á los acróbatas y á los perros ó monos sabios! Y esto no dejará de suceder.

Y luego, la ingenua, encinta del ingeniero antes de casarse, ¿es más verdadera que la ingenua que se casa en su casta integridad? La joven que mata á su hijo ¿es más común



Lavigne, papel de Tancredo (1812)

que la que lo cría? La mujer incestuosa ¿es más frecuente que la que no lo es? ¿Dónde está la verdad absoluta? No existe. Estos hechos no son más que contradicciones en la naturaleza humana, y nuestro arte, si somos verdaderamente observadores, consiste en hacerlas conocer, en explicarlas, en reclamar para ellas indulgencia ó indignación, piedad ó castigo, según las circunstancias. Que tenemos el derecho y aun el deber de agrandar nuestro dominio, de ampliar nuestro círculo de acción, de comunicar al público los descubrimientos que hacemos todos los días en la eterna exploración del corazón humano, ahora vengan estos descubrimientos para alabanza, ahora para vituperio de nuestra especie, es cosa indudable, y yo mismo no deseo otra cosa, habiéndome esforzado en este empeño tanto como el que más; pero que no sea una simple pintura brutal, sin otro interés que el empeño y la extrañeza. Dando á conocer enfermedades desconocidas, procuremos dar también los remedios posibles, ó á lo menos, hagamos atravesar esos hospitales y presidios á algunos seres sanos, afirmando y probando la eternidad de la

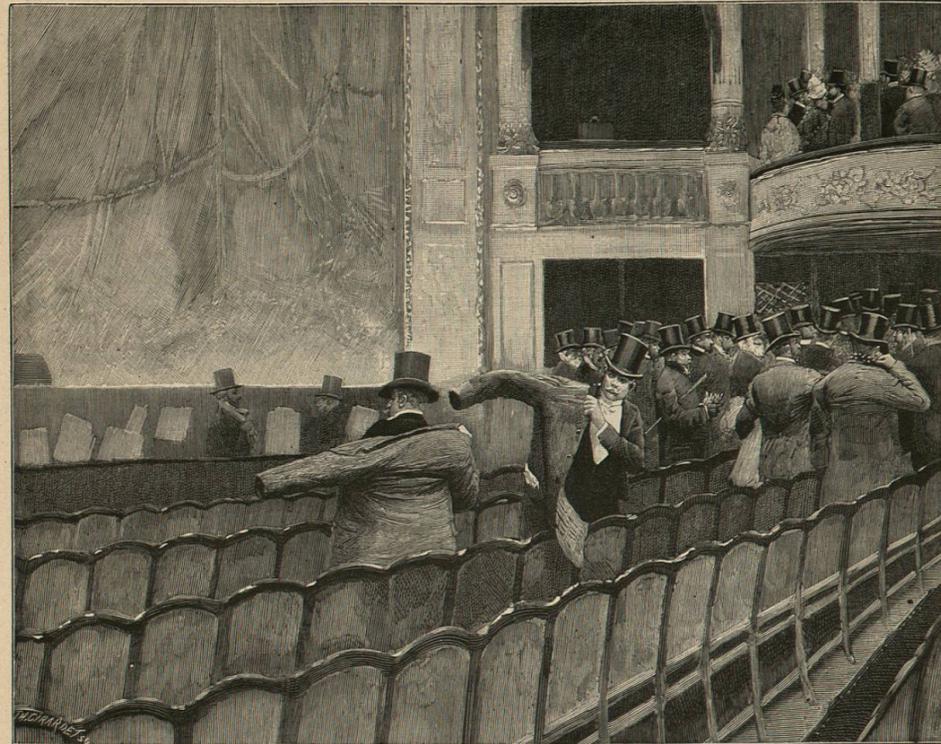
vida, según el ideal, y aun según la naturaleza, porque hay siempre rayos de sol, y flores, y niños que ríen, y seres que aman.

El joven autor de tal obra del teatro libre, por ejemplo, en que se demuestra, ó más bien, se expone irrefutablemente la depravación general, á lo menos cree, mientras se representa su obra, en una madre, en una hermana, en una mujer, en una querida, en amigos cuyo corazón palpita en esperanza del éxito, que van á saltarle al cuello con lágrimas de júbilo en los ojos, si la obra se salva, con otras lágrimas, si se hunde. Aquí hay ternura, abnegación, amor, toda clase de sentimientos generosos y consoladores. ¿Por qué este autor no tiene en cuenta esto en lo que llama una pintura de la verdad? ¿Por qué no encuentro yo el reflejo ni aun el eco de ello en su concepción? Esto forma parte, sin embargo, de la naturaleza humana, en la cual el bien es tan verdadero como el mal, y aun más verdadero, puesto que la vida continúa.

Y ahora ¿está cierta esa nueva escuela de haber descubierto estas monstruosidades síquicas?



Opera. Hagen en Sigurd (1885)



Fin del espectáculo. Acuarela de J. Beraud

¿No son maldades viejas y viejas enfermedades, cuyo nombre sólo ha cambiado? Esa escuela clásica tan denigrada por estos novadores ¿no ha vivido dos mil años? ¿No vive todavía, no vivirá eternamente, cuando la escuela nacida ayer muere ya?

Arrastremos pues á la luz del sol ó al primer mechero de gas que encontremos, á todos esos asesinos, parricidas, adúlteros, incestuosos, á esos padres indignos de tener hijos, á esos hijos escarneciendo y ultrajando á sus padres, todas esas patologías físicas, mentales, sexuales; saquémoslos de sus palacios, de sus talleres, de sus albergues; despojémoslos de sus levitas ó de sus blusas, de sus encajes ó de sus harapos, y mirémoslos bien á la cara.

¿No los conocéis? Todos han frecuentado ya buenas casas. Yo los he visto en Esquilo, en Eurípides, en Sófocles, en Plauto, en Shakespeare, en Molière, desde Edipo casándose con su madre y fecundando cuatro veces el seno de que salió él mismo, hasta la reina Ana entregándose sobre el sepulcro del esposo amado y llorado al bárbaro Gloucester, cojo y jorobado, que le hizo perecer; desde Electra educando á su hermano Orestes para hacerle un día matar al amante de su madre y á su madre misma; desde Medea degollando á sus hijos para vengarse del esposo infiel, hasta Belina dando un grito de alegría ante el cadáver de Argán; hasta Leandro dejando que Escapín encierre á su padre en un saco y lo maltrate para sacarle dinero y poder casarse con Cerbineta.

No iréis más lejos de aquí: hace mucho tiempo que los grandes espíritus han dado la vuelta y tocado el fondo de la pasión humana y de las infamias cometidas en nombre del amor. Y si á la grosería de los hechos añadís la grosería de las palabras, encontraréis á Aristófanes, á Rabelais y á Shakespeare que las han dicho más gordas que vosotros.

Ahora bien, ¿por qué las obras de los maestros que acabo de citar, con tener monstruosidades aun más monstruosas que las vuestras, subsisten, mientras las vuestras ni siquiera pueden poner el pie en la escena?

Porque aquellos maestros hacían lo que vosotros no queréis, ó más bien, no sabéis hacer; porque buscaban las causas, porque daban las explicaciones, porque nos hacían conocer los fines de todas las anomalías que los habían impresionado, porque ponían al lado de fieras y malditas criaturas, dulces é inocentes figuras que recordaran á la humanidad su superior destino; finalmente porque no hacían del mal un principio y una teoría, sino una excepción y un accidente bajo toda reserva del ideal.

Nó, mi querido amigo, no hay que creer en una verdadera evolución del teatro, porque algunos al parecer audaces intenten introducir en él supuestos personajes nuevos y supuestas expresiones nuevas. Ni nosotros ni nuestros sucesores ensancharemos la escena. Todo lo que nosotros tenemos que decir, todo lo que digan otros, podrá siempre contenerse en el círculo en que Shakespeare y Molière pudieron moverse, como la paleta de Rembrandt, de Velázquez y de Correggio puede bastar á todos los pintores presentes y futuros.

Al público, más numeroso y más grosero que en otro tiempo, pretenden algunos que ha de hablársele un nuevo lenguaje adecuado á su ignorancia y á sus diversos orígenes. Es un error. Nosotros no tenemos que descender hasta el público bárbaro que nos traen diariamente las líneas férreas de todos los países; tenemos que levantarlo poco á poco, hábilmente, sin sacudidas ni violencias hasta nosotros. Los que lo conduzcan adonde debe ir, serán siempre los que, á través de todos los fangos de este mundo, lo llevarán al ideal.

Nosotros no estamos aquí sólo para decir al hombre y á la mujer que son peores aún de lo que se cree, sino también para decirles que pueden ser mejores y más felices de lo que son. He aquí pues la única evolución del teatro: la pintura del mal, la apología del bien.

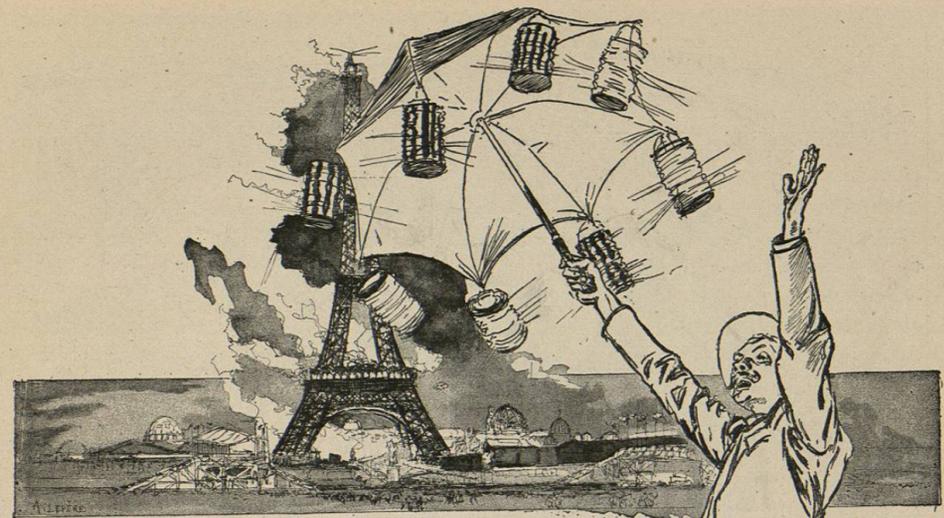
Siempre se ha hecho y se hará siempre así.

Pasa con el público lo que con Alcesto. Bien quiere éste despreciar á sus semejantes pero siempre con la canción del rey Enrique:

*J'aime mieux ma mie,  
O gue,  
J'aime mieux ma mie.*

ALEJANDRO DUMAS (hijo).

(De la Academia francesa)



## LAS FIESTAS POPULARES

EN LA EXPOSICIÓN

No hay un rincón de este gran París que no se estremezca á los recuerdos ni que no recuerde historia. Este Campo de Marte, que era ayer una llanura saharasca y se encuentra hoy cubierto de jardines, domos, palacios, fuentes, se estremecía cien años ha bajo la masa de la multitud febril que venía á celebrar aquí la fiesta de la federación. Provinciales y extranjeros creían en la pacificación del género humano, que tenía por orador á Anacarsis Clootz. Embajadas exóticas, asamblea constituyente, guardias nacionales, miembros del municipio de París, sacerdotes oficiando con bandas tricolores, nada faltaba á aquel Tedéum de civismo, ni aun el rey de Francia.

Más tarde fué menor el entusiasmo en el grande espacio, que parecía llamar las reuniones tumultuosas, las oleadas populares, las apoteosis. Napoleón recibía aquí diputaciones en 1804; y en 1815, aquí convocó al pueblo para poner su corona bajo la protección de la libertad, y presentó el *acta adicional*, vana constitución que precedió muy poco al desastre de Waterlloo. Finalmente, Carlos X pasó aquí su última revista, la de 1827, y Luis Felipe celebró fiestas para el casamiento de su primogénito en 1837.

La Comisión ejecutiva de 1848 quiso igualmente triunfar en el Campo de Marte y organizó la *fiesta de la Concordia*, irónico prelude de las jornadas de junio.

Las Exposiciones de 1867 y 1878 hicieron también gemir este suelo y resonar en este espacio sus ruidos, sus himnos y entusiasmos. Hace algunos años, el coronel Bigot proyectó instalar en el mismo sitio un campo de carreras; pero se opusó á ello el ministro